

Un hombre de verdad

Por Liby R

La infancia de René se resumía en el recuerdo de un niño taciturno que llegaba de la escuela para encontrar a su madre en un mar de lágrimas y a su padre ladrando un torrente de improperios. La señora procedía a reanudar sus labores del hogar, procurando que el niño no mirara su rostro magullado. René, en cambio, no hallaba cabida para su impotencia.

En la primaria llegó a creer que las cosas debían ser tal como eran. Las niñas y los niños eran criados para desempeñar cierto papel en la sociedad. Era como si el mundo se dividiera en rosa y azul, sin más color que distinguiera a las personas. Con la llegada de la adolescencia, peores cosas se dieron a conocer. Escuchaba los comentarios grotescos que algunos de sus compañeros hacían sobre las mujeres; nunca los encontró graciosos, pero con un padre que se expresaba de igual forma, se acostumbró a ellos. Solía pasar que los muchachos se ufanaban revelando intimidades de sus parejas, destrozando sin piedad la reputación de aquellas chicas. ¿Por qué se juzgaría a la persona según su género y no por la acción cometida?

Se aproximaba su mayoría de edad, así como una de las decisiones más importantes de su vida: la elección de una carrera universitaria. Fue en esa etapa donde su camino se cruzó con el de Lydia. Fue una joven que creció bajo la sombra indiferente de sus padres, quienes forjaron para ella una cárcel de oro, donde permaneció ignorante de lo que el mundo le deparaba. Lydia se convirtió en presa fácil de tormentos disfrazados de amores. Una noche, durante una reunión, Lydia era humillada por los comentarios hirientes que su novio emitía frente a otros. Se alejó de ahí, con el rostro deshecho en lágrimas y enrojecido por la ira.

“¿Te puedo ayudar?”, intervino René.

“¿Ayudarme? ¿Para qué luego me pidas algo a cambio?”, respondió con rabia dirigida, más bien, al recuerdo de las personas que anteriormente la habían menospreciado. Pronto se arrepintió de sus palabras, al recibir como respuesta una mirada indulgente. El gesto delicado de René derribó al instante su prejuicio de que todos eran iguales.

“Vámonos ya”, le espeto su novio. Ella se estremeció; sabía que, de estar a solas con él, éste la degradaría aún más. En el momento en que rehusó, el joven la jaloneó con tal fuerza que Lydia sintió como si le hubiesen dislocado el brazo. René, recordando los episodios de violencia padecidos por su madre, reaccionó propinándole un empujón que lo alejó de Lydia. Mientras estuviera él, nadie volvería a ponerle una mano encima a otra persona.

“No debí gritarte”, se disculpó Lydia una vez que su novio se marchó de la fiesta. “Te llevaré a tu casa, porque que mereces ser respetada y cuidada. Me queda mucho por aprender a ser un hombre de verdad, pero aún más a sujetos como él”, le dijo René. Recordando un artículo en el que leyó que un gran porcentaje de los hijos de padres violentos repetían el patrón destructivo de sus familias, pensó: “Yo no seré como mi padre”.

Actualmente, tengo el orgullo de llamar amigo a René, con quien estudió en la escuela de leyes. Estudia y se prepara para, en un futuro, unirse a una feroz lucha contra la violencia y todo lo que amenaza la integridad de la familia. Veo en él a un firme defensor del respeto entre los individuos, que aboga por quienes enmudecen por el miedo y detiene la mano de quienes agreden.